

fundado en que por la ordenanza de intendentes, el ejercicio de este empleo recae en el asesor por la falta accidental del propietario, pretendía que residiendo en él la autoridad superior de la provincia, nada debía hacerse sino por su mandado, y propendía á capitular: el mayor Berzábal sostenía que siendo aquel un mando puramente militar, conforme á la ordenanza, él debía tomarlo por ser el oficial veterano de mayor graduación y estaba resuelto á la defenza. Sin que esta disputa pudiera decidirse, la confusión del ataque hizo que todos mandacen y que en breve ninguno obedeciese, excepto los soldados que siempre reconocían á sus jefes. La muchedumbre reunida en el cerro del Cuarto, comenzó una descarga de piedras á mano y con hondas tan continua que excedía al más espeso granizo, y pare tener provistos á los combatientes, enjambres de indios y de la gente de Guajuato unida con ellos, subían sin cesar del río de Cata las piedras rodadas que cubren el fondo de aquel torrente; tal fué el número de piedras lanzadas en el corto rato que duró el ataque, que el piso de la azotea de la alhóndiga, estaba levantado cosa de una cuarta sobre su ordinario nivel. Imposible fué sostener las trincheras, y mandada retirar la tropa que las guarnecía, hizo cerrar la puerta de la alhóndiga el capitán Escalera que estaba de guardia en ella, con lo que los europeos que ocupaban la hacienda de Dolores, quedaron aislados y sin más recurso, que vender caras sus vidas, y en la misma ó peor situación la caballería que estaba en la cuesta del río de Cata. Tampoco pudo defenderse largo tiempo la azotea, dominada por el cerro del Cuarto y también por el de S. Miguel, aunque por la mayor distancia era menor el daño que desde allí se recibía, y no obstante el estrago que causaba el fuego continuo de la tropa que la guarnecía, era tan grande el número de los asaltantes, que los que caían eran bien presto reemplazados por otros y no se hacía notar su falta."

"Abandonadas las trincheras y retirada la tropa que defendía la azotea, se precipitó por todas las avenidas aquella confusa muchedumbre hasta el pié del edificio: los que delante estaban eran empujados por los que los seguían

sin que les fuese posible volver atrás, como en una tempestad las olas del mar son impelidas las unas por las otras y van á estrellarse contra las rocas. Ni el valiente podía manifestar su bizarría, ni al cobarde le quedaba lugar para la huida. La caballería fué completamente arrollada, sin poder hacer uso de sus armas y caballos: el capitán Castilla murió, algunos soldados perecieron; los más tomaron partido con los vencedores. Sólo el bizarro D. José Francisco Valenzuela, revolviendo su caballo, recorrió por tres veces la cuesta, abriéndose camino con la espada, y arrancado de la silla y suspendido por las puntas de las lanzas de los que en gran número lo rodeaban, todavía dió la muerte á algunos de los más inmediatos antes de recibir el golpe mortal, gritando "viva España," hasta rendir el último aliento. Era nativo de Irapuato, y teniente de la compañía de aquel pueblo."

"Había una tienda en la esquina que forma la calle de los Pozitos y la subida de los Mandamientos, en la que se vendían rajás de ocote, de que se proveían los que subían de noche á las minas para alumbrarse en el camino. Rompió las puertas la muchedumbre y cargando con todo aquel combustible, lo arrimaron á la puerta de la alhóndiga prendiéndole fuego (1) mientras que otros prácticos en los trabajos subterráneos, acercándose á la espalda del edificio, cubiertos con cuarterones de losas, como los romanos con la *testudo*, empezaron á practicar barrenos para socavar aquél por los cimientos. Arrojaban por las ventanas los de dentro sobre la multitud los frascos de fierro, de que se ha hablado: éstos, al hacer explosión, echaban por tierra á muchos: pero inmediatamente volvía á cerrarse el pelotón y sofocaban bajo los pies á los que habían caído, que es el motivo porque hubo tan pocos heridos de los asaltantes, ha-

(1) Licéaga en la pág. 112 de su obra, dice lo siguiente." Son también notables los equívocos concernientes al operario llamado Pípila. En la nota marginal del calce del folio 430, se lee lo que sigue: "D. Carlos Bustamante, Cuadro histórico, tomo 1.º, folio 39, cuenta que Hidalgo rodeado de un torbellino de plebe dirigió la voz á un hombre, que la regenteaba, y le dijo: Pípila (nombre con que aquel era conocido) la patria necesita de tu valor. ¿Te atre-

biendo sido grande el número de muertos. El desacuerdo de los sitiados hacía que al mismo tiempo que D. Gilberto Riaño, sediento de venganza por la muerte de su padre, y D. Miguel Bustamante que lo acompañaba, arrojaban con otros los frascos sobre los asaltantes; el asesor hacía poner un pañuelo blanco en señal de paz, y el pueblo, atribuyendo á perfidia lo que no era sino efecto de la confusión que había en el interior de la alhóndiga, redoblabá su furor y se precipitaba al combate con mayor encarnizamiento. El asesor hizo entonces descolgar por una ventana á un soldado que fuese á parlamentar; el infeliz llegó hecho pedazos al suelo: intentó entonces salir el P. D. Martín Septién, confiado en su carácter sacerdotal y en un Santo Cristo que llevaba en las manos: la imagen del Salvador volvió hecha astillas á pedradas, y el padre empleando la cruz que le había quedado en la mano como arma ofensiva, logró escapar, aunque muy herido, por entre la muchedumbre. Los españoles, entre tanto, no escuchando más voz que la del terror, arrojaban los unos dinero por las ventanas, por sí la codicia de recogerlo podía aplacar á la multi-

verás á prender fuego á la puerta de la alhóndiga? Que con esta exhortación Pípila fué á gatas cubierto con una loza, y con un ocote pegó fuego á la puerta. Esta relación es del todo falsa; pues el Cura Hidalgo habiendo permanecido en el cuartel de caballería en el extremo opuesto de la Ciudad, no podía dar orden alguna: el nombre de Pípila es enteramente desconocido en Guanajuato. "Nadie dará crédito á que Hidalgo, que acababa de llegar, supiera quien fuese un pobre muchacho del pueblo bajo, para que inmediata y directamente le hablase por su nombre y lo exhortase, y mucho menos, cuando no regenteaba aquel torbellino como se dice, ni había cosa que le hiciese fijar la atención en el mencionado individuo; por manera que el hecho es falso tan solo en cuanto al modo con que se relaciona; pero no lo es por los motivos con que se critica en la transcrita nota. Está suficientemente demostrado, y patente, que el caudillo no permaneció en el extremo opuesto de la ciudad, y también es demasiado claro, que el no ser conocido ese nombre de Pípila en Guanajuato, es decir en la generalidad de sus vecinos, no arguye, que sea un ente imaginario, ó supuesta la persona, á que se aplica tal nombre y menos cuando está por su baja y miserable esfera, no es extraño, el que fuese desconocida por esa generalidad; y así que no merece ascenso ni lo que se refiere en el

tud; otros pedían á gritos que se capitulase y muchos, persuadidos de que era llegada su última hora, se echaban á los pies de los eclesiásticos que allí había á recibir la absolución."

Berzabal, viendo arder la puerta, recogió los soldados que pudo del batallón y los formó frente á la entrada: consumida aquella por el fuego, mandó hacer una descarga cerrada, con que perecieron muchos de los asaltantes; pero el impulso de los de atrás llevó adentro á los que estaban adelante, pasando por sobre los muertos y arrollándolo todo con ímpetu irresistible; se llenó muy pronto de indios y plebe el patio, las escaleras y los corredores de la alhóndiga,

Cuadro Histórico por no ser exacto en cuanto al modo, ni tampoco la impugnación por la falsedad de los motivos que se indican para apoyarla, todo lo cual se percibe con la mayor evidencia, exponiéndose sencillamente, cual es la realidad de lo que en el particular ocurrió."

"Manifestando Hidalgo el intento de que se buscaran barras ú otros instrumentos, con que se pudiera romper la puerta de la alhóndiga, lo percibió el sugeto de que se está tratando, el cual se hallaba entre un grupo, que rodeaba y no perdía de vista al Cura y acercándosele le dijo "que sin necesidad de ellos se ofrecía á ejecutar la operación que se intentaba," dándosele, como en el momento se le dió para comprar aceite de beto, brea y ocote, y entonces arrimándose á la pared, y tapándose con una losa, untó la puerta con el aceite, llenó con la brea lo untado y luego le arrimó el ocote, con lo que fué ardiendo la madera hasta que completamente quedó destruida. Esto, que es lo más verosímil y lo que explicaban las muchas personas que lo presenciaron y observaron, acaba de aclarar la inexactitud y falsedad que se advierte entre lo que cuentan los dos autores susodichos."

"El sugeto á que se refiere era operario de la mina de Mellado, se llamaba Mariano, representaba de diez y ocho á veinte años de edad; y como diariamente iba y venía por el barrio del Terrémoto, y subida nombrada de los Mandamientos, la cual está enfrente de Granaditas, no sólo le conocían, sino que lo trataban con frecuencia los vecinos de ese rumbo, los cuales, y los demás del pueblo, que seguían al Cura, observaron y supieron lo que se relaciona en el párrafo anterior; y todos ellos aseguraban, que como á las cinco de la tarde de ese mismo día, pasó por allí con dirección á Mellado en donde vivía, y que iba acompañado de otros, que conducían cinco ó seis talegas; y que él llevaba en la mano una pequeña, ó redécita, que probablemente contendría oro: siendo custodiados éstos

Berzábal, retirándose entonces con un puñado de hombres que le quedaban á uno de los ángulos del patio, defendió las banderas de su batallón con los abanderados Marmolejo y González, y habiendo caído muertos éstos á su lado, los recogió y teniéndolos abrazados con el brazo izquierdo, se sostuvo con la espada y rota ésta, con una pistola contra

por soldados ó gente armada de los mismos invasores, lo que les hizo creer, que se le había dado aquel dinero en remuneración del servicio que acababa de prestar; pero ya no le habían vuelto á ver, ni á saber de él absolutamente. Tal vez lo asesinaron por robarlo, lo que por el sumo desorden y confusión de esos días, y particularmente de esa tarde, no llamaría la atención, ó no se podría averiguar. Lo expuesto fué muy sabido y se siguió repitiendo en las conversaciones que se referían á lo que entonces pasaba; y sin embargo de haber sido tan notorio, quise al escribir estos apuntes asegurarme más de la verdad: y aunque ya faltaban los que en el año de diez habitaban en ese barrio, pero habiendo noticia de que aún existía una persona, que había conocido á Pípila, procuré que se buscara, á la que no se encontró sino hasta después de algunos meses: y preguntando con individualidad sobre los pormenores referidos, contestó enteramente conforme con los mismos."

Llama ciertamente la atención la seguridad con que el Sr. Alamán niega la existencia de Pípila, y afirma que su nombre es enteramente desconocido en Guanajuato, cuando sin temor de equivocación puede asentarse la proposición contraria, es decir, que no hay en Guanajuato quien no conozca el nombre de Pípila.

El que esto escribe tuvo estrecha relación con respetable anciano de esta ciudad, llamado Mariano López, que falleció de 89 años de edad á fines de 1860; y mil veces le oyó referir que conoció mucho á la madre de Pípila, y que ella misma no volvió á saber de su hijo después de los sucesos de Granaditas,

Si éstos pasaron como los refiere Licéaga ó como los refiere Bustamante, es cosa que no nos es posible decidir; pero no podemos menos de llamar la atención acerca de lo infundado de la impugnación que el primero hace de la relación del segundo; pues aunque Hidalgo acabara de llegar, podía por cualquiera circunstancia conocer á Pípila, entre otras por la de que antes de la revolución acostumbraba el caudillo venir con frecuencia y por largas temporadas á Guanajuato; y sobre todo, aunque él no lo conociera, sí lo conocía una multitud de personas que estaban á su lado, y pudieron advertirle que aquel muchacho por su conocido arrojo y valor, era á propósito para realizar la temeraria empresa de poner fuego á la puerta del Castillo.

la multitud que lo rodeaba, hasta que cayó atravezado por muchas lanzas, sin abandonar, sin embargo, las banderas que habían jurado defender. ¡Digno ejemplo para los militares mexicanos, y justo título de gloria para los descendientes de aquel valiente guerrero! Cesó con esto toda resistencia y no se oían ya más que algunos tiros de alguno que aisladamente se defendía todavía, como un español Ruymayor, que no dejó se le acercasen los indios, hasta haber consumido todos sus cartuchos. En la hacienda de Dolores, los europeos que allí estaban, intentaron ponerse en salvo por una puerta posterior que da al puente "de palo" sobre el río de Cata; pero la encontraron ya tomada por los asaltantes, con lo que se fueron retirando á la noria, en que por ser lugar alto y fuerte, se defendieron hasta que se les acabaron las municiones, causando gran mortandad en los insurgentes, pues se dijo que sólo D. Francisco Iriarte, el mismo que dió aviso al intendente desde S. Juan de los Llanos del principio de la revolución, que era excelente tirador, mató diez y ocho. Los pocos que quedaron vivos cayeron ó se echaron á la noria, en que perecieron ahogados."

"La toma de la alhóndiga de Granaditas fué obra enteramente de la plebe de Guanajuato, unida á las numerosas cuadrillas de indios conducidas por Hidalgo: por parte de éste y de los demás jefes sus compañeros, no hubo ni pudo haber, más disposiciones que las muy generales de conducir á la gente á los cerros y comenzar el ataque; pero empezado éste, ni era posible dar orden alguna ni había nadie que la recibiese y cumpliese, pues no había organización ninguna en aquella confusa muchedumbre, ni jefes subalternos que la dirigiesen. Precipitándose con extraordinario valor á tomar parte en la primera acción de guerra que habían visto, una vez comprometidos en el combate los indios y gente del pueblo no había que volver atrás, pues la muchedumbre, pasando sobre los que precedían, le obligaba á ganar terreno y ocupaba en el instante el espacio que dejaban los que morían. La resistencia de los sitiados, aunque denodada, era sin orden ni plan, por haber muerto el intendente antes que ningún otro y á esto debe

atribuirse la pronta terminación de la acción, pues á las cinco de la tarde todo estaba concluido.”

“Dueños los insurgentes de la alhóndiga, dieron rienda suelta á su venganza: los rendidos imploraban en vano la piedad del vencedor, pidiendo de rodillas la vida: una gran parte de los soldados del batallón fueron muertos; otros escaparon quitándose el uniforme y mezclándose entre la muchedumbre. Entre los oficiales perecieron muchos jóvenes de las más distinguidas familias de la ciudad y quedaron otros heridos gravemente, entre ellos D. Gilberto Riaño que murió á pocos días, y D. José María y D. Benigno Bustamante: de los españoles murieron muchos de los más ricos y principales vecinos: fué muerto, también, un comerciante italiano llamado Reinaldi, que por aquellos días había ido á Guanajuato con una memoria de mercancías, y con él un niño de ocho años, hijo suyo, que los indios estrellaron contra el suelo y arrojaron del corredor abajo: algunos procuraron ocultarse en la troje número 21 en que estaba el cadáver del intendente con los de otros: pero descubiertos luego eran muertos sin misericordia. Todos fueron despojados de sus vestidos y al desnudar el cadáver de D. José Miguel Carrica, se halló cubierto de cilicios, lo que hizo correr la voz de que se había encontrado un gachupín santo. Los que quedaron vivos, desnudos, llenos de heridas, atados en cuerdas, fueron llevados á la cárcel pública, que había quedado desocupada por haber puesto en libertad á los reos, teniendo que atravesar el largo espacio que hay desde la alhóndiga para llegar á ella, por entre una multitud desenfrenada que á cada paso los amenazaba con la muerte. Cuéntase que para evitarla, el capitán D. José Joaquín Peláez logró persuadir á los que lo conducían, que Hidalgo había ofrecido un premio en dinero porque se lo presentasen vivo, y que así consiguió ser custodiado con mayor cuidado en aquel tránsito peligroso.»

«Cálculase variamente el número de muertos que hubo por una y otra parte: el de los insurgentes se tuvo empeño en ocultarlo y los enterraron aquella noche en zanjas que se abrieron en el rio de Cata, al pie de la cuesta. El ayuntamiento en su exposición, lo hace subir á tres mil; Abaso

lo en su causa dice que fueron muy pocos: esto no me parece probable y lo primero lo tengo por muy exagerado. De los soldados murieron unos doscientos, y ciento cinco españoles. Los cadáveres de éstos fueron llevados desnudos, asidos por los piés y manos ó arrastrando, al próximo campamento de Belén en el que fueron enterrados: el del intendente estuvo por dos días expuesto al ludibrio del populacho, que quería satisfacerse por sí mismo de la fábula absurda que se había hecho correr, de que tenía cola porque era judío, la que no dejó por ésto de conservarse en crédito: (1) fué después sepultado con una mala mortaja que le pusieron los religiosos de aquel convento, sin recibir el honor que hubiera debido tributar á sus restos mortales un vencedor generoso. Ninguna señal de compasión era permitida, y á una mujer del pueblo que manifestó condolerse al ver conducir un cadáver de un europeo, los que lo llevaban le dieron una herida en la cara.»

«Entregóse la plebe al pillaje de todo cuanto se había reunido en la alhóndiga, y todo desapareció en pocos momentos: Hidalgo quiso reservar para sí las barras de plata y el dinero, pero no pudo evitar que lo saqueasen, y después se les quitaron algunas de aquéllas á los que se les pudieron encontrar, como pertenecientes á la tesorería del ejército y que por esto no debían ser comprendidas en el saqueo. El edificio de la alhóndiga presentaba el más horrible espectáculo: los comestibles que en él se habían acopiado estaban esparcidos por todas partes: los cadáveres desnudos, se hallaban medio enterrados en maíz, en dinero, y todo manchado de sangre. Los saqueadores combatían de nuevo por el botín y se daban la muerte unos á otros. Corrió entonces la voz de que había prendido fuego en las trojes y que comunicándose á la pólvora iba á volar el castillo, que era el nombre que el pueblo daba á aquel edificio: los indios se pusieron en fuga y la gente de á caballo corría á escape por las calles, con lo que la plebe de Guanajuato, que acaso fué la que esparció esta voz, quedó sola dueña de

(1) Parece que esta fábula ridícula no sólo se refería al Intendente, sino á todos los españoles.

la presa, hasta que los demás, disipado el temor, volvieron á tomar parte en ella.»

«La gente que había permanecido en expectativa del resultado, bajó para participar del despojo, aunque no había concurrido al combate, y unida con la demás y con los indios que habían venido con Hidalgo, comenzó en esa misma tarde y continuó por toda la noche y días siguientes el saqueo general de las tiendas y casas de los europeos de la ciudad, más despiadadamente que lo hubiera podido hacer un ejército extranjero. Alumbraban la triste escena en aquella funesta noche multitud de teas ú ocotes, mientras que no se oían más que los golpes con que echaban abajo las puertas, y los feroces alaridos del populacho que aplaudía viéndolas caer, y se arrojaba como en triunfo á sacar efectos de comercio, muebles, ropa de uso y toda clase de cosas. Las mujeres huían despavoridas á las casas vecinas trepando por las azoteas, y sin saber todavía si en aquella tarde habían perdido á un padre ó á un esposo en la alhóndiga, veían arrebatarse en un instante el caudal que aquellos habían reunido en muchos años de trabajo, industria y economía. Familias enteras que aquel día habían amanecido bajo el amparo de sus padres ó maridos, las unas disfrutando de opulencia, y otras gozando de abundancia en una honrosa mediocridad, yacían aquella noche en una deplorable orfandad y miseria, sin que en lugar de tantos como habían dejado de ser ricos, hubiese ninguno que saliese de pobre, pues todos aquellos caudales que en manos activas é industriosas fomentaban el comercio y la minería, desaparecieron como el humo, sin dejar más rastro que la memoria de una antigua prosperidad, que para volver á restablecerse ha necesitado el trascurso de muchos años, el grande impulso que después ha recibido Guanajuato por las compañías extranjeras de minas, y la casualidad de las grandes bonanzas de algunas de éstas.»

Arrebatábanse los saqueadores entre sí los efectos más valiosos, y la plebe de Guanajuato astuta y perspicaz, se aprovechaba de la ignorancia de los indios para quitarles lo que habían cogido, ó para cambiárselo por vil precio. Per suadiéronlos que las onzas de oro no eran moneda, sino me-

dallas de cobre, y se las compraban á dos ó tres reales y lo mismo hacían con las alhajas, cuyo valor aquéllos no conocían. El día 29, en el que el cura Hidalgo celebraba sus días, Guanajuato presentaba el más lamentable aspecto de desorden, ruina y desolación. La plaza y las calles estaban llenas de fragmentos de muebles, de restos de los efectos sacados de las tiendas, de licores derramados después de haber bebido el pueblo hasta la saciedad: éste se abandonaba á todo género de excesos, y los indios de Hidalgo presentaban las más extrañas figuras, vistiéndose sobre su traje propio, la ropa que habían sacado de las casas de los europeos, entre la que había uniformes de regidores, con cuyas casacas bordadas y sombreros armados se engalanaban aquéllos, llevándolas con los piés descalzos y en el más completo estado de embriaguez.»

«El pillaje no se limitó á las casas y tiendas de los europeos en la ciudad; lo mismo se verificó en las de las minas, y el saqueo se hizo extensivo á las haciendas de beneficiar metales. La plebe de Guanajuato, después de haber dado muerte en la alhóndiga á aquellos hombres industriosos, que en estos establecimientos le proporcionaban ganar su sustento con los considerables jornales que en ellos se pagaban, arruinó los establecimientos mismos, dando un golpe de muerte al ramo de la minería, fuente de la riqueza no sólo de aquella ciudad, sino de toda la provincia. En toda esta ruina iban envueltos también los mejicanos, por las relaciones de negocios que tenían con los españoles, especialmente en el giro del beneficio de metales, para el cual algunas casas de banco de aquéllos, adelantaban fondos con un descuento en el valor de la plata que en pago recibían, según las reglas establecidas en las ordenanzas de minería para avíos á precio de plata.»

«Quiso Hidalgo hacer cesar tanto desorden, para lo que publicó un bando el domingo 30 de Septiembre; pero no sólo no fué obedecido, sino que no habiendo quedado nada en las casas y en las tiendas, la plebe había comenzado á arrancar los enrejados de fierro de los balcones, y estaba empeñada en entrar en algunas casas de mexicanos, en que se le había dicho que había ocultos efectos pertenecientes

á los europeos. Una de las que se hallaban amenazadas de este riesgo era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español, muerto en la noria de Dolores, llamado D. José Posadas, que aunque había sido ya saqueada, un cargador de la confianza de Posadas dió aviso de que en un patio interior, había una bodega con efectos y dinero que él mismo había metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo había penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creído europeo. En este conflicto mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenía antiguas relaciones de amistad y yo la acompañé. Grande era para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre embriagada de furor y licores: llegamos, sin embargo, sin accidente hasta el cuartel del regimiento del Príncipe, en el que como antes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pieza llena de gente de todas clases: había en un rincón una porción considerable de barras de plata, recogidas de la alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otra una cantidad de lanzas y arrimado á la pared y suspendido de una de éstas, el cuadro con la imagen de Guadalupe que servía de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en su catre de camino con una mesa pequeña delante, con su traje ordinario y sobre la chaqueta un tahalí morado que parecía ser un pedazo de estola de aquel color. Recibiónos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuso de lo que se temía en la casa. Nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Cacalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien había hecho capitán, y al cual dió orden de defender mi casa y custodiar los efectos de la propiedad de Posadas, haciéndolos llevar cuando se pusiese al alojamiento de Hidalgo: pues los destinaba para los gastos de su ejército. Centeno, teniendo por imposible contener el tumulto que iba en aumento, pues se reunía á cada instante más y más gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desorden que

no había bastado á enfrenar el bando publicado, y se dirigió á caballo á la plaza, donde mi casa estaba, acompañado de los demás generales. Llevaba al frente el cuadro de la imagen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba el tambor: seguían porción de hombres del campo á caballo con algunos dragones de la Reyna en dos líneas, y presidía esta especie de procesión el cura con los generales, vestidos éstos con chaquetas, como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los empleos que tenían en el regimiento de la reina, se habían puesto en las presillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda habían visto en algunas estampas que usan los edecanes de los generales franceses: todos llevaban en el sombrero la estampa de la Virgen de Guadalupe. Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor pelotón de plebe, delante de la tienda de Posadas, se le dió orden al pueblo para que se retirase y no obedeciéndola, Allende quiso apartarlo de las puertas de la tienda metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera formaba allí un declive bastante pendiente, y cubierto entonces con todo género de suciedades, estaba muy resbaladizo: Allende cayó con el caballo y haciendo que éste se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algún tiempo grandes grupos, en los que se vendían á vil precio los efectos sacados en el botín.”

«A este pillaje desordenado de la plebe, siguió el más regularizado que Hidalgo hizo practicar de todo aquello que se había ocultado al pueblo. Quedó en mi casa el capitán Centeno por algunos días con una guardia, á expensas de mi familia, y en ellos se ocupó en hacer sacar los efectos y dinero pertenecientes á Posadas que estaban en la bodega interior, todos los cuales fueron llevados al cuartel de caballería, y se reguló que valdrian cosa de cuarenta mil pesos. Familiarizado en este intermedio Centeno en

mi casa, se le preguntó una vez cuales eran sus miras en la revolución en que había tomado parte, y contestó con la sinceridad de hombre del campo, que todos sus intentos se reducían "á ir á México á poner en su trono al Sr. cura y con el premio que éste le diese por sus servicios volver á trabajar al campo." Lo que se verificó en mi casa con los efectos de la propiedad de Posadas, se repitió en otras muchas, pues aunque hubo criados fieles que ayudaron á salvar algunos restos de los caudales de sus amos, otros les hicieron traición y denunciaron los parajes en donde aquéllos habían ocultado dinero ó alhajas. En la casa de D. Bernabé Bustamante, éste con sus hijos y un solo criado en quien tenía entera confianza, había arrojado al algibe cantidad de dinero y barras de plata; pero dado aviso por el criado, Hidalgo mandó vaciar el agua y sacar el dinero y las barras. En vano los hijos de Bustamante le representaron, que aquel era patrimonio de ellos más bien que propiedad de su padre, pues todo lo que lograron fué que les mandase volver algunos muebles de poco valor, pero en cuanto al dinero y plata, dijo que lo necesitaba y que lo pagaría cuando hubiera dado próspero fin á su empresa.

«Los prisioneros de Granaditas fueron llevados, como arriba se ha dicho, á la cárcel y en ella pasaron la noche, sin alimentos, sin ser curadas sus heridas, y aun sin agua con que apagar su sed, viendo morir á algunos de sus compañeros, y amenazados todos de perecer á manos de los mismos que los custodiaban. No era Guanajuato población en que la funesta rivalidad entre criollos y gachupines hubiera echado hondas raíces: por el contrario, los españoles, relacionados de parentesco y amistad con las familias del país, eran una misma cosa con ellas y sus infortunios tocaban muy de cerca á éstas. Por efecto de este interés, muchos vecinos americanos fueron al siguiente día á visitar á los presos, á llevarles auxilios y consuelos y á solicitar en su favor con Hidalgo. Este mandó que se pudiesen desde luego en libertad todos los americanos que habían sido presos en la alhóndiga, á excepción del tambor mayor Garrido, á quien reservaba para hacer en él un severo castigo, que sin embargo no ejecutó. En los días su-

cesivos se permitió volver á sus casas á varios de los principales europeos, y los demás fueron distribuidos, en el cuartel de infantería los que estaban sanos ó ligeramente heridos, y los de más gravedad en la alhóndiga. Mandábaseles alimentos y otros auxilios de algunas casas particulares, y además se les asistía en general de parte de Hidalgo con todo lo que necesitaban. En la misma alhóndiga se reunieron después todos los europeos presos, y á ella fueron llevados también los que se recogieron en los pueblos por donde había pasado Hidalgo y que había conducido con su ejército. Los de los demás puntos de la provincia emigraron á Querétaro, Valladolid, San Luis ó Guadalajara, según la proximidad, ó se presentaron á Hidalgo, quien dió á algunos papel de resguardo y les permitió quedarse en sus casas, por empeño de sus familias ó por recomendación de sus amigos. A la viuda del intendente Riaño que había perdido toda su ropa y muebles en la alhóndiga, le mandó dar una barra de plata, y á su hijo D. Gilberto, que se creyó por algunos días que podría restablecerse de sus heridas, le hizo proponer una alta graduación si se adhería á su partido, lo que aquél no quiso ni aún oír."

«Sosegado algún tanto el tumulto de la toma y saqueo de la ciudad, alojó Hidalgo á la gente de á caballo que lo acompañaba en las haciendas saqueadas: los indios que quedaron exparcidos por las calles, y muchos de éstos, contentos con la presa que habían hecho, se retiraron desde allí á sus pueblos y rancherías, deserción que no le daba cuidado alguno al cura, porque estaba seguro de hacer nuevos reclutas en todos los pueblos que atravesase. Reunió con mucho empeño los soldados que habían quedado del batallón provincial, para destinarlos al manejo de la artillería que trataba de fundir, en cuyo servicio se habían ejercitado en el cantón de Jalapa, y como con la toma de la capital toda la provincia se declaró por él, dispuso se presentasen á aumentar su ejército los tres escuadrones del regimiento del Príncipe, que no había habido tiempo para que llegasen á ponerse á las órdenes del intendente."

Hasta aquí las palabras de Alemán. D. Carlos M.^o Bustamante refiere así en su cuadro histórico estos terribles,

pero interesantísimos sucesos (tomo 1.º, pag. 27) "El viernes 28 de septiembre fué día terrible para Guanajuato. A las once de la mañana llegaron á la trinchera de la cuesta que sube de la calle de Belén á la alhóndiga, D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo, el primero con divisa de coronel, y el segundo de teniente coronel del ejército de Hidalgo, acompañándolos dos dragones y dos criados con lanzas. Entregaron un oficio que traían de su jefe al intendente Riaño, quien les hizo decir por medio de su teniente letrado que era necesario esperasen la respuesta, por tener necesidad de consultar antes de darla. Por tanto Abasolo se marchó al momento y dejó á Camargo á que la aguardase, el cual antes de que se la dieran pidió licencia de entrar en el fuerte, porque tenía que hablar en lo verbal con el intendente: concediósele éste; pero desde la trinchera se le condujo con los ojos vendados á usanza de guerra, hasta llegar á la pieza donde debía entrar: quitósele allí la venda, y estuvo en comunicación con el teniente letrado, D. Francisco Iriarte, D. Mignel Arizmendi y otros, en cuya compañía se le dió de comer hasta que se le despachó. Interín pasaba esto, llamó el intendente á todos los europeos y oficiales de la tropa, é hizo que en voz alta se leyese el oficio que acababa de recibir, el cual en sustancia decía: "Que el numeroso ejército que comandaba lo había aclamado en los campos de Celaya capitán general de América, y que aquella ciudad con su ayuntamiento lo había reconocido por tal, y se hallaba autorizado bastantemente para proclamar la independéncia que tenía meditada; porque siéndole para esto obstáculo los europeos, le era indispensable recoger á cuantos existían en el reino, y confiscar sus bienes; y así le prevenía se diese por arrestado con todos los que le acompañaban, á quienes trataría desde luego con el mayor decoro, y de lo contrario entraría con su ejército á viva fuerza sufriendo el rigor de la guerra. Al calce del oficio decía al intendente, que la amistad que le había profesado le hacía ofrecer un asilo seguro para su familia en un evento desgraciado." (1)

(1) Véase la nota que publicamos en la página 49.

"Concluida la lectura de esta intimación, el intendente dijo á los circunstantes... Señores, ya Udes. han oído lo que dice el cura Hidalgo; trae mucha gente, é ignoramos su número, como también si trae artillería, en cuyo caso es imposible defendernos. Yo no tengo temor ninguno, pues estoy pronto á perder la vida en compañía de Udes., pero no quiero crean que intento sacrificarlos á mis particulares ideas. Udes. me dirán las suyas que estoy pronto á seguir las."

"Un profundo silencio siguió á esta peroración; los más pensaban rendirse considerando á sus familias que habían dejado expuestas en la ciudad, y temían ser los primeros en levantar la voz; hizolo al fin D. Bernardo del Castillo diciendo... No señor, no hay que rendirse... *Vencer ó morir*. Oída por los demás siguieron maquinalmente su dictamen. Satisfecho el Sr. Riaño de que éste era la voluntad de todos se salió á contestar; oyósele decir continuamente con un entusiasmo mezclado de sorpresa estas palabras... Ah! ah!... ¡Pobres de mis hijos los de Guanajuato!"

"En seguida respondió con la mayor entereza al general Hidalgo diciéndole: «Que no reconocía otro capitán general en la Nueva España que el virey D. Francisco Javier Venegas, ni podía admitir otra reforma que la que se hiciese en las próximas cortes, que estaban para celebrarse; y que en tal virtud, estaba dispuesto á defenderse hasta lo último con los soldados que lo acompañaban.» Firmó el oficio con la misma serenidad con que despachaba el correo ordinario, poniéndole en el calce: *Que la diferencia en el modo de opinar entre él y el general Hidalgo, no le impedía darle las gracias por su oferta y admitirla en caso necesario.*"

«Despachado por el intendente Riaño el comisionado Camargo, comenzó á dar sus disposiciones de resistencia. Colocó tropa en las trincheras, y el resto con los europeos, parte en la plazoleta de la alhóndiga, y parte en la azotea en al que fijó bandera de guerra. Formó la caballería dentro de las trincheras, distribuyó las municiones y dió ron á morir cristianamente. Notábase en medio de estas

disposiciones, que así en las alturas como en derredor del fuerte había mucha gente de la plebe sentada, tan tranquila, como si esperasen ver una corrida de toros. Semejante indiferencia ó apatía en tal sazón, pudo muy bien enseñar á aquellos españoles pertinaces todo el mal que debían prometerse de tan curiosos espectadores; mas su orgullo sólo les hacía entrever un triunfo seguro: un filósofo viera una ruina inevitable.»

“A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército del cura Hidalgo por la calzada, (si puede darse este nombre á una turba confusa de muchos indios honderos, flecheros y garroteros.) Presentábanse muchos armados de lanza y machete, y pocos con fusiles. Veíanse entre éstos los dragones de la reina de S. Miguel el Grande, y parte del regimiento de infantería de Celaya, que á la entrada de Hidalgo en aquella ciudad se le incorporó, quedándose otro batallón en Querétaro, fuerza que como dijimos, sirvió para el arresto del corregidor. No podré fijar el número de las tropas del Sr. Hidalgo, creese con probabilidad que llegasen á veinte mil hombres.”

“Para que V. pueda formar idea del ataque, es preciso que la tenga antes de la fortificación de Granaditas. Comunicábase ésta por una puerta de la hacienda de plata nombrada *Dolores*, cuya noria y bardas dominaban la calzada, por cuya ventaja comenzaron desde allí los españoles á hacer fuego y mataron tres indios. Visto esto por el ejército, se dividió en dos trozos, parte de los de á pié y caballería tomó por detrás de *Pardo*, para subir al cerro de S. Miguel, bajando los primeros por el punto que llaman del *Venado*, y los segundos por la calzada de las *Carreras*. El otro trozo de á pié tomó por detrás de la hacienda de *Flores* para subir al cerro del *Cuarto*. De trecho en trecho se veían banderas de todos colores, que parecían mascadas con una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe en el centro.”

“Los de á pié se colocaron sobre las azoteas, en los sitios donde alcanzaba la honda. Otros en el río quebraban piedras y las daban á los proveedores, que como hormigas subían por todas partes. Era tal la pedrea que menudeaban,

que no se daban punto de reposo; de modo que concluida la acción se notó que el pavimento de la azotea y patio, tenía el alto de una cuarta de dichas peladillas arrojadizas.

El trozo de caballería que bajó por las *Carreras*, sería como de dos mil hombres, los que apoderándose de la cárcel, pusieron en libertad á más de cincuenta criminales, y á otros muchos de delitos menores: hicieron lo mismo en las *Recogidas*, y á todos los llevaban por delante con dirección hacia la alhóndiga gritando; viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva América! A su tránsito por las calles gritaban que abriesen las puertas, rompieron las de la confitería de Zenteno, y repartieron los dulces al pueblo.”

“Comenzó, pues, la acción situándose los honderos en sus puestos, y los fusileros en los cerros del *Venado* y del *Cuarto*. El fuego era vivísimo, y aumentaba el pavor que causaba el silbido de las balas, la espantosa grito de la plebe, unida ya con los indios. El fuego de los sitiados no era menos infernal, y como certero y dirigido sobre grandes masas de gente, hizo tanto destrozo, que las trincheras estaban llenas de muertos. Sin embargo los asaltantes cobraron con la horrorosa vista de éstos tal ánimo, que emprendieron el asalto por viva fuerza y lo consiguieron como á la media hora de comenzada la acción. Por tanto quedó al descubierto la caballería de los españoles; sus jefes intentaron en vano maniobrar con ella, porque no fueron obedecidos de sus soldados; el intendente tocó retirada replegándose á lo interior del fuerte, y los indios se apoderaron de los caballos. Notó el Sr. *Riaño* que el centinela de la puerta había abandonado el puesto dejando allí el fusil; tomólo reemplazando á dicho centinela y comenzó á hacer fuego con su arma. Un cabo de Celaya reparó en el denuedo y brío con que evolucionaba aquel militar, que además llamaba la atención por lo bien agestado: dá, pues, un brinco para tomar un mampuesto, le mete el punto, y dispara con tanto acierto, que le entró la bala arriba del ojo izquierdo, y además descalabró con la misma á un cabo del batallón de Guajuato que estaba á sus espaldas: así murió el intendente *Riaño*. Recogieron sin demora su cadáver, y lo condujeron al cuarto número 2 donde se representó una escena harto do-